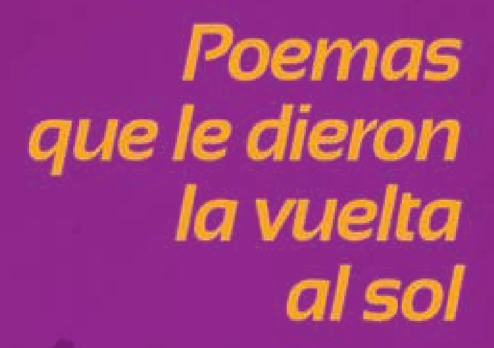


Fernández de Palleja



civiles iletrados

Poemas que le dieron la vuelta al sol

ISBN
Depósito legal Nº:

Poemas que le dieron la vuelta al sol

1ª edición, Montevideo, Uruguay, Julio de 2016.

civiles iletrados editores
Castillos 2572
Montevideo, Uruguay
CP 118 00
civilesiletrados@gmail.com
civilesiletrados.blogspot.com.uy
civilesiletrados

Diseño Tapa: D/G José Prieto, www.prieto.com.uy
Diagramación: D/G José Prieto
Cuidado de edición: Luis Pereira
Ilustración página 7: Lenka Suárez

Poemas que le dieron la vuelta al sol

Fernández de Palleja

civiles iletrados
colección **última salida** / **4**



(Este libro tuvo trescientas sesenta y seis contracciones.
Agradezco tal tiempo. Lo dedico a las alas de las mariposas
que se abren,
que se abren).

Unas prosas con Copérnico

El inminente libro de Fernández de Palleja (FdeP, en adelante) suscitó su envío vía mail a un pequeño círculo de lectores/críticonejodeindias, para probar elásticos y recabar un retorno de abucheos y aplausos. El amigo FdeP nos mostró algunos. Entre todos, el más coincidente con quien escribe estas líneas, es el del compadre y amigo Arnold Bebels Cazum (ABC en adelante), que se dignó infligir, no recuerdo si desde Aragón, el País Vasco o una aldea montañera de Calabria, el comentario que adjuntamos un poco más adelante. También al autor le cayó en gracia y se disponía a incluirlo en su publicación, a modo de prologuillo o texto acompañante. Pero, ¡líbrenos el cielo!, por ahí metió opinión el editor Don Luis Pereira y su caterva civililetrada. ¿Y, cuál fue esa opinión? Pues, que yo debía hacerme cargo de las lucubrancias bebélsicas y traducirlas, puesto que las comparto, a una escritura "seria". ¡Seria: Luis Pereira en todo su esplendor! Casi nunca tiene razón. ABC sí: "el libro está ahí", por ejemplo. Es que este libro cobra una presencia en cierta forma inesperada en la obra de FdeP. Se distingue como un quebracho entre los ceibos, no por voluntad de estorbo como el del orejano de su coterráneo Serafín Jota, sino por distintamente distinto. Pero incluyamos el cerno del mail de ABC:

"Bueno, leí. Sí. El libro está ahí: consiste y le hará consistir, me parece. No voy a hablar de madurez porque a uno no puede caérsele semejante pavada a esta altura y por estos arrabales. Es más bien que usted se dejó escribir, me parece, se echó en la calle a lo perro o se subió a un coronilla mamao, o se acostó en la camilla de la morgue y dejó una mano con lápiz afuera, no sé qué hizo endemientras, pero se dejó escribir. Y el libro está ahí y consiste y le hará consistir, ya se lo dije. Más que lo

antedicho por usted escriturísticamente, me parece. Me parece. Hay mucha raíz, mucha plomada puntual, pero mucha vastedad también y a la vez, mucho mundo: mundo encantado y desencantado, hilado de correspondencias, bodeleriano, pero cosido a puñaladas también, como visitao por Martín Aquino y Charles Manson, juntos y hervidos en ginebra. Encantado y desencantado también es el avío palabrero: poesía y metapoesía se rondan, bailan pero se vigilan, anda usted muy baqueano de lo profundo y en altas filosofías y, un de repente, se coloquia y lo descoloquia al circunstante, se reconfigura el guía en vecino cualunque y el guiado se descubre poetizante, filósofo compadre, compoeta: bagual en corral de ramas, pero avisado y con portera grande. Esta combinación del astrolabio y la llaneza, es negocio redondo: consiste y lo hace consistir, me parece, no sé si se lo dije.

El libro está ahí, muy mucho publicable, opino. Y usté avise. ABC".

Si ustedes leen el libro, como espero (también espero que lo compren) es probable que coincidan con el recadito transcripto. Por las dudas (odio darle la razón a Pereira) desarrollaré algunas coincidencias de las que hablaba. ABC liga la consistencia del poemario al hecho de que el poeta "se dejó escribir". Creo ver aquí una alusión al corpus de la obra de FdeP tanto en su vertiente narrativa como en la poética propiamente dicha. Hay allí un rasgo, común a la obra de los coetáneos que producen en Maldonado. La narrativa, impregnada de guiños cinematográficos y televisivos, parece empecinada en un implacable desapego, hijastro de las policiales negras, y en una cierta complacencia en la sordidez, una estética que tiene una prima puta en la estética de la cumbia villera. Todo esto favorecido por un feliz desparpajo para escribir, con un ritmo de producción ciertamente envidiable. Por duro que suene, estas labores de albañiles procaces, han de agradecerse tanto como las de los albañiles verdaderos: como ha citado Pereira en otro

de sus rarísimos aciertos, una ciudad existe cuando hay escritores que la escriben. La poesía, en tanto, suele aparecer teñida, cuando no mediada, de un distanciamiento irónico más propio de quien se mira vivir que de quien vive: como una fachada de frivolidad o de cinismo, llena de grietas y ventanucos por donde el ser se atisba, pero fachada al fin. Pero, en esta vuelta al sol, FdeP cambia el tono y la música, decididamente. Y ABC lo marca. En este cuasi diario, el poeta registra una cotidianeidad transida, la endecha cantada no es la del amor –o no es solo la del amor- sino la del mero vivir. Un vivir que se va diluyendo en su propio fluir, en un mundo que ya no es correlato objetivo, sino partícipe de esa dilución. Aun aquellas correspondencias cifradas consignadas por Baudelaire y que el hombre se negaba a percibir, se han reducido a unos pocos símbolos a los que el poeta se abraza: la acacia de la vereda de su casa, alguna reunión de amigos... No hay relato al que engancharse ni otra promesa que la del propio canto. ABC, sin embargo, lo mira embarcado en "altas filosofías", balanceadas con la presencia de lo coloquial o lo fortuito y con el pendular entre "lo puntual y lo vasto". Vasta es la operación de lenguaje de FdeP, rica y compleja. Poesía y metapoesía, profundidad y coloquialismo, siempre efectivos en clima y sentidos, le dan esa consistencia sobre la que insiste ABC. Coincidimos en el carácter de jalón atribuible a este libro. Es posible imaginarnos a FdeP, aún con su incipiente calvicie, caminando con la guinda bajo el brazo hacia el centro del campo, serio y sonriente, con la soberana humildad (humildá) del que no sabe bien cómo, pero sabe que la clavó en un ángulo. Valga este artificio futbolero como valoración pero también como homenaje a Bebels Cazum, que no sale del ajedrez y del solo a las cartas y a Pereira, que reclamaba seriedad.

Gabriel Di Leone Ascorreta

Ustedes que entran

Hubo una hora, en el 2012, en que me asaltó una inquietud. Una sensación de vacío o escasez. Como suelo hacer cuando atravieso el desasosiego, pensé en cómo escribirlo. Fue así que tuve la idea -o me tuvo- de publicar poemas en mi página de internet durante trescientos sesenta y seis días seguidos. Puedo decir que cumplí con mi propio reto, con el cual transité una órbita entera al sol.
El año fue imponiendo temas y formas, la exploración de estados de ánimo y la mirada de las calles de todos los días, pedidos del público, profecías e historias de viajes. Los textos fueron constituyéndose en una crónica del mundo interno y el externo, si es que se diferencian, en festejos de la vida, del lenguaje y de la gente.
Siguió su giro la noria en que vamos y el griterío de los textos fue siendo tapado por vegetaciones y arenales, que arrasaron las construcciones más endebles. Este libro es un ejercicio de arqueología. Sigue un criterio cronológico que el lector advertirá en los colores de las hojas y, acaso, en los rumbos que va tomando el tono de las palabras. Testimonia la mirada cambiante de un trayecto igualmente desparejo. Da cuenta de un barrio del pasado y de unos árboles sobre cuya vida ya no sé. Prefiere la abundancia a la concisión y adhiere a lo heterogéneo, goza del ripio y del invento y, por tales motivos, discute con las recomendaciones herbicidas, se arriesga.
Agradezco las lecturas de Horacio Fielbelkorn y Gabriel Di Leone. Y, en especial, la de Luis Pereira, editor, cuyas observaciones pusieron a prueba intenciones y estructuras. Estoy encantado con la hermosa ilustración que hizo Lenka Suárez, que dice más que mil poemas.
Que no les sea leve.

El autor

Estaba solo, sin más armas
que un libro de poemas
frente a un enorme vacío.
Las palabras, borrosas a mis ojos,
se perdían en el humo del alcohol
de las paredes, de los vidrios,
de las columnas que sostenían
un paréntesis vacío que no saldría
en las noticias,
ni mejoraría la vida de las limpiadoras
de los shoppings. Ni evitaría
el avance del ejército de pordioseros
discursivos que todo lo convierten
en cartón y en retroceso.
Mi voz sonaba como una ecuación
dicha abajo del agua destilada
que rueda en torno a los pilares
de un puente inútil, mis sílabas
avanzaban escuchándose en espejos,
cada sonido era un lirio invisible.
Un dios inexistente, hoy caído, me miraba
como quien ve descascararse las paredes,
mientras evaluaba si debía despertarme
o seguir dantesco, sin sentido,
reiterando un ritual para la nada.
O quién sabe.

a Zamenhof, que lo envidio

“La petalofloro de lingvoj estas transparent,
egala, permanenta kaj tute ne.”

Un lenguaraz se cría en Babel,
e intérprete contumaz, resiliente,
busca la paz pariendo en el papel
signos que armonicen a la gente.
Urdió una semilengua que es un puente
uniendo mil riberas y ninguna,
ungió con la razón aquella fuente
de modo que la misma ubicua luna
nos refleje con igual nomenclátor
y nos haga más livianos, traslúcidos.
Pero en la marea de los actos
las verbos se hicieron islas y pecios
y ya deslenguados supieron, lúcidos,
que la voz universal es el silencio.

El otoño no termina,
se vuelve perenne.
Las hojas se detienen en el aire,
quedan ahí, a media altura,
a medio color,
en un semiocaso húmedo
en el que se acumula la leña sin usar,
en una decadencia persistente.
Nos estamos poniendo subtropicales
y tiemblan los vendedores de abrigos,
nos resistimos a soltar nuestras vejeces
al aire aséptico del invierno,
nos estamos deteniendo pero tarde,
habría sido mejor en el verano.
La culpa es de la Intendencia,
siempre a destiempo.

Los párrafos uno tras otro
traían revelaciones hechas de brillo y contraste,
desarrollo y estocada.
Era el texto paradójico de incesante crecimiento
de un suicida
cuya lengua sin familia
me recuerda a las hojas de la acacia
que salen a borbotones como manos
en melena que se cierra cada noche
del mismo modo que terminan los capítulos
y arremeten sucesivos.
Contaba la historia de un dramaturgo que se daba
a la fuerza castradora de una idea,
cuyos ecos contagiosos aún se gritan,
y dejaba su talento sojuzgado
por consignas inferiores a sí mismo.
Las palabras finales de su obra
hablaban de palabras herbicidas
en el último estertor de una mano que nunca más
se parecerá a la vida.
Sin embargo si se deja a la mano
que tome el tronco y las ramas del relato,
con su ritmo natural,
las hojas finalmente se parecen
a las hojas.

Voy deslizándome hacia casa.
La bajada es larga, segura,
la flanquea la niebla
que cae sobre la cancha de fútbol.
Unos cedros se recortan, fantasmales,
como jueces viejos y ladrones.
El humo baja de las tribunas
y esconde jugadas misteriosas,
una liebre vuela por la punta,
un tero protesta fuera de lugar,
un perro mea los postes y el área chica.
Voy deslizándome al borde de la cancha,
ojalá que no la tapen de casas y parlantes,
cuando sea fantasma quiero entreverarme
en esos partidos, sentirme vivo como nunca
y correr hasta quedar muerto.

"As frases e as manhãs são espontâneas"

João Bosco

Las flores, los tigres, el oro,
la decadencia de los imperios,
la deriva de los mares,
los tsunamis migratorios,
lo que mueve los dedos del guitarrero,
el fresco de las esquinas coloniales,
los yuyos, el chiflido del viento
desde adentro del coronilla,
las cuchillas grandes, el rastro
que sigue el gato que camina
hacia su presa y hacia su fin,
el baile, la risa, el grito, las caderas,
las curvas y el hambre, mis ojos
en tus ojos son espontáneos,
la frase del mate de mañana,
el mundo es espontáneo, amigo João,
y hay que ensayarlo todos los días.

Hay una hora oblicua con cuyo sol
uno mira las cosas de más lejos,
desde una ventana circunstancialmente
feliz.

La gente va por sus cauces,
las aguas son doradas,
el mate está bueno, espumoso,
los motores van llegando a término.
Hay un minuto vivo, recién comido,
después del cafecito, de dientes limpios
como tacitas en el escurridor,
con aires de trabajo pronto
cual los huesos aflojándose.
En ese segundo en que todo está bien
cobran sentido y se embellecen
los ladrones de la paz,
los hambrientos, los mutilados,
los protocolos imperiales,
las mujeres que te dejaron y lloraban,
los malos jugadores,
la historia universal de la tipografía,
las lenguas vivas pero ciegas.
Sentado en una silla cualquiera,
con gente elegida por el jazmín
de los tiempos,
la ola de la Historia te sostiene en su cenit
por un instante estancado.

La noche se mueve gris y segura,
va a pintar de nada
los espacios de las hojas,
va a sacudirlo todo
con su trapito enorme,
nos trae la muerte cotidiana
como una esponja de aluminio,
la noche cabalga sólida
y fría,
arrincona a la vida,
que se refugia

en los invernaderos
y se reescribe a sí misma
resumida, en pocas palabras.

La copa se abre, celeste y limpia,
y derrama vino frío y seco
sobre la boca del momento.
Todo es posible y visible,
hay una inundación estética
de cuentas claras y tranquilas.
Oigo una melodía de pasturas
vistas desde la ventana
con cuerdas de leña,
El pasado y el futuro se congelan
panorámicos, pausados,
y se necesita pensar mucho
para imaginar que vuelva a nublarse.

Acabo de tener una visión muralista.
No, no es pintura, si yo no soy capaz
de imaginar colores, ni formas,
ni tetas revolucionarias, ni perspectivas,
si no hay modo de que mis figuras humanas
rocen los conceptos de proporción ni perspectiva.
Es literatura mural, grandes extensiones
de paredones blancos cubiertos
por endecasílabos enjutos, tannatos, por dodecasílabos
cabernetsauvignónicos, por octosílabos ecuestres,
alejandrinos raras veces pero por qué no,
por versos de libertad engañosa, bajo palabra,
por prosas hechas de malicia y profundidad,
descuidos aparentes envenenados como dardos,
textos de todo tipo como noticias falsas,
cuentos de terror para los callejones,
novelas porno para las zonas rojas,
mentiras canónicas para los conventos y los comités,
falacias de colores para los agentes de prensa,
ortografía divertida para los patios de las escuelas,
décimas jineteando el instante en las yerras,
consignas de amor en los despachos de los gobernantes,
en tu cuerpo jaicus blancos, instantáneos
como el primer brote de perfume del jazmín
y en los montes, en el papel de regalo extenso del campo,
en la efe constante de las playas, en las quebradas,
en las lagunas, en los bañados, los palmares,
en las cuevas de los bichos, en el cielo y en las nubes
nada más que el silencio del que escucha
el soplo que recorre el muro de la tierra.

civiles iletrados colección última salida

La acacia tuvo un envión de vacío
interrumpido.
Las hojas más nuevas quedaron
confinadas
en los extremos de las ramas
peladas.
Tienen algo de manotón náufrago,
de certeza lenta
acechada por una línea de sombra
que se sabe
y se va haciendo esperar
a diario.
La observo
y me pregunto
si los dedos, lo único que vive
del árbol,
llegarán a garabatearle una luz
a la noche más larga del año.

La palabra creaba el mundo.
Después lo hacía andar.
En marcha, le pedía.
Se hacía flecha.
Se vaciaba.
Nada.
Todo.
Se intenciona.
Se tensa y se dispara.
Surcando el aire lo empuja.
Lo hace significar lo que significa.
El mundo cree la palabra y la hace mundo.

Acostado a un lado de la avenida
de los hombres de zapatos amarillos
se esfuerza un avión gigantesco
que jamás despegará
pese al trabajo hercúleo,
siempre en repecho,
empuja una piedra amorfa y díscola
en crecimiento continuo, desordenado,
inconsciente, barométrico.
Cada vez pesamos más
y pensamos menos.

David se organiza,
estudia hondamente teoría
y práctica de la honda,
dedica todas sus horas
al equilibrio honesto,
a la puntería.
Tumba entonces a Goliat,
y lo festejan las hormigas
que no quedaron
bajo el cuerpo del gigante.
Goliat se organiza,
repasa así nomás los episodios,
les pregunta a sus asesores
cuál fue el modelo de negocios
de David y lo compra sin demoras.
Todo vuelve a lo de siempre,
es la historia de Goliat,
que siempre aplasta a David.

La acacia da muestras auspiciosas
de resistencia frente a los pronósticos,
contra la marea que le dice que se muera,
que vote, que se monte en una moto,
que compre un fertilizante que adelgaza.
Mantiene una hoja tan bipinada como siempre,
con los folíolos todavía verdes,
con la evidente inteligencia de los pioneros
que saben que el viaje que emprendieron
es un experimento en condiciones de agonía.
Resistió, en cosa de pocos días,
la entrada del invierno, algún golpe de Estado,
una niebla de mentiras que todo lo impregna
de su marroncito verdoso, algún que otro día triste,
superó dos paros y medio de la educación
con todo y huelga de hambre,
soportó la reedición de nuestra historia macabra
que, sin necesidad de mayúsculas,
desplaza los obstáculos como a hormigueros.
Lo consiguió, supongo, porque a ninguna
de esas calamidades le resulta un desafío
la integridad simbólica de un árbol
en vías de desarrollo en la puerta de mi casa.
Se enfrenta, sin embargo, a los niños del barrio,
que saben que hay que empezar por un árbol
para entrarle después a las selvas.

Escribo en papel de aire
que se quema mientras
el bosque de pensamientos y pulsiones
avanza de oeste a este,
rumbo al sur.
Escribo el plasma más sólido,
cuyas esquirlas se incrustan en el libro sin tiempo
que se lee con órganos
más internos que los ojos.

Tres perros echados en la calle,
como felpudos.
No trabajan.
Son el límpido reflejo
de sus dueños, que tampoco.
No precisan ladrarme.
El más grande prende un pucho.
El del medio una moto.
El chico se me prende.

1)
Corregir incluso las ganas
de la letra de esos gurises,
llevarlos por el camino debido,
olvidar la mayor parte del tiempo
que así se les borrará las caras
y se las cambiará por la mía,
que me fuera oportunamente
implantada
con un cincel educativo.

2)
Esto que vivo es ficción,
el examen es ficción,
saberlo es ficción,
conversar exageradamente
frente a los alumnos que escriben
es ficción, escribir sobre la ficción
es ficción, las noticias en torrente
son ficción, la política es ficción,
los discursos son ficción,
las mentiras reveladas son ficción,
la verdad es ficción, la vida
y la muerte son ficción,
el universo, tenga la forma que tenga,
es ficción, la primera escritura
de esta ficción fue ficción,
reescribirla es ficción,

esta terminal lejana es ficción,
yo soy ficción, vos sos ficción,
el amor, alguna vez, puede no ser
ficción.

a Francis, que construye mejor

Los jesuitas, curas marciales, construyeron ruinas.
Las de San Ignacio Miní, rojas, fabriles.
Las del pueblo guaraní, servilizado, descartado.
Me pregunto si el destino de todo proceso humano
es la ruina,
además de inquietarme el parecido físico que tengo
con Ignacio de Loyola.

El Río de la Plata
brilla marrón a simple vista.
En el reflejo proyectado
en un vidrio interno del barco,
hace honor a su nombre.
El que lo bautizó
les creía a los espejos
de colores.

Naciste el mismo año que los aviones
que ya no vuelan y les ganaste la carrera
sentado, tomando mate,
con los ojos llenos de vacío
y de recuerdo verde
de caballos, de yerras,
del tiempo de facultad
y los bulines.
Naciste en una época
donde el tango era el tango,
en que la gente se sabía
de memoria el Martín Fierro,
Tacuruses, el Peñarol
del cuarenta y nueve,
lo viste en el estadio,
con tu viejo,
cuando el Cotorra Míguez
intentaba hacer goles de chilena,
te enteraste del gol de Ghiggia
en la carretera,
uno les llevó la noticia a caballo
desde las casas.
Naciste en una época
en que en la escuela
se aprendía a leer y a calcular,
¡qué la parió a esa época
que parió a la nuestra!
Tenés toda la culpa
del vino y del verso,

del peinado inevitable,
de algún defecto,
de alguna moral,
de la voz,
te lo agradezco.

Nuestros héroes,
aquellos treinta y tres,
hay que decirlo de una vez,
eran remeros de la noche.
Y nosotros también remamos
ciegamente.

saludando a Martín Bentancor

El campo tiene misterios
como el hombre que lo mira
y con el mate suspira
como oyendo una flor, serio,
rendido frente al imperio
de lo blanco de la helada
y el fluir de una majada,
un ceibal algodonado
y en el cielo congelado
toda la vida espejada.

Un teru teru declara
que el mundo ya dio otra vuelta
y de la yerba se suelta
aire que al aire acelera.
Un gaucho, que es ave rara,
se concentra en la bombilla
y en el arroyo que trilla
el campo que vaporea,
el silencio silabea
en agua hirviendo que brilla.

Los perros están tranquilos,
el gallo puntual descansa
y las hormigas se lanzan
escribiendo con su estilo
una milonga, un pistilo,
el fluir de la consciencia.
Comparte el gaucho esa ciencia
y entra a cantarle al día
una muda melodía
con la voz de la querencia.

La acacia, que tanto
introdujo la mano en la masa
del invierno,
me recibió con los puñitos verdes
cuando llegué de correr.
El día fue un polvo al polvo.
Mis ojeras se cuelgan
del espejo
como unos monos oscuros,
desconocidos,
de melenas lacias y lustrosas,
ficticios,
tan problemáticas como una selva
hecha de barrotes
inteligentes
pero descorazonados como una lupa,
repetidos,
solitarios como la ortografía obsesiva
de una lengua en extinción.

La mentira es un manantial
de escupitajos.
Los escupitajos salen
de los ríos y a ellos vuelven.
Los ríos son verdad,
la mentira es una digresión
de la verdad.
Al agua no le importa
ser agua,
ni ser.
Nada
en sí misma.

Toda mujer desculta es hermosa,
sol de seda, pozo de sal,
rosa sin espinas,
fiera dulce,
frutal.

Siesta al sol,
música de tierra seca,
ser bebé por un rato.
Inteligencia
antes de las ideas,
sin palabras, sin historia,
sin escuela, sin todas
las burocracias. Desnudo
de todas las vigilias.
Ausencia de propósito,
luz en los ojos cerrados,
estado del arte.

Leí sin leer.
El viaje universal del verso
no atravesó la carne del ojo.
El flechazo de la navaja de palabras
esperó en la biblioteca y su tiempo
fue lento y de ámbar.
Saqué el pájaro a tomar aire
y del follaje se desprendió
el reflejo de un río de palabras.
El universo era otro.
El brillo quieto del último verso
tajeó siglos de miedos aprendidos
y eso solo sucedió
porque estaba dispuesto
a entregarme como ofrenda.

a Amparo

Al agua lo que es del agua,
diluyámonos, fluyámonos,
influyámonos,
limpiémonos de solideces,
de idioteces,
reguémonos, disgreguémonos
pulverizados, pulidos
como viento lubricante,
llovamos, garuemos,
lloremos, escupamos
a la quietud y la sequedad,
seamos absolutos y mínimos,
tomémonos para las sedes,
sequémonos también
tras los hervores, andemos
y bañémonos, manemos,
hermanemos.

Hay gente que es iceberg
al que no se le ve la punta.
Silencio, invisibilidad,
tiempo de presencia
imperceptible,
espejismo de la nada.
Hasta que de pronto
aparecen, rotundos,
claros, inapelables,
volcánicamente,
dicen que uno fue su dios,
que los creaste.
Y uno se pregunta si es posible
que haya dioses ignorantes
de su obra.

Al corazón le llama “el bobo”,
porque labura todo el tiempo,
sin feriados ni licencias,
incluso más que él mismo.
No es que tenga la culpa,
lo que pasa es que nos enseñan
que el trabajo humilde, invisible,
les pertenece a los tontos.
Tiene problemas cardíacos,
que para mí no son otra cosa
que reivindicaciones.
No es su culpa,
si nos enseñan que el amor es bobo
y que se puede hacer
a las patadas.

La Tierra canta
como un pajarito,
así se escucha desde el satélite,
y pensar que en ella suenan
motores,
bombas,
corazones
rotos,
actos políticos,
marchas
y contramarchas,
seguro
que Marte nos nota
la tristeza.

Es un árbol lo que somos,
un manglar con raíces en el aire,
una costa infinita, horizonte,
flor siempre en botón,
una corteza que no acaba de crecer,
una savia cuyo gusto
no sentimos,
un árbol que genera sus propias
pestes, sus propios hacheros,
cuyas hojas son pájaros
y sus gusanos tigres,
un árbol añejo e instantáneo,
genealógico y semilla,
un árbol puras ramas,
el tronco ramas, las hojas ramas,
las flores ramas, plantado
en todas partes y al mismo tiempo
plantándose, talándose,
un árbol redondo como el mundo,
mineral, animal, explosivo como hongo
tras el agua, un árbol que mana,
una especie que es todas las especies,
peregrino en el desierto y maná,
principio y fin,
jaicu y coronilla, un árbol picaflor,
huracanado, paradisíaco,
un árbol que da víboras
y motosierras y silencios,
absoluto,
sin principio ni fin,
tan prosaico como poético.

O inverno era de vidro,
com mais profundidade
de campo.
A primavera
é superposição,
presente,
ar de folhas.
Misturá-los é a arte
da chuva.

Carlos Peres de Alcântara

Director, por la presente
quien suscribe, ciudadano
natural como los vientos,
los yuyales y las piedras,
le escribe con el objeto
de exponer la situación
no por todos conocida
y sin embargo crucial
de que, sitos en mi casa,
la rosa y el zucará,
usando sus facultades
y en un acuerdo apolítico,
florecieron al unísono
bajo la niebla reinante.
Me compete de igual modo
referir que el pitanguero
ha actuado en ese sentido

mientras la acacia, más lenta,
retoña con pulcritud,
gozan todos de salud
a pesar de las hormigas
y de la falta de sol.
Ruego por tanto a su empresa
tenga bien hacerse eco
de tal acontecimiento
pues no hay noticia mejor
que la del renacimiento.
Solicito considere
para dicha difusión
que la belleza contagia
aun más que los copamientos,
las leyes del parlamento,
los aviones, los menores
y otros crímenes mayores.
Sin otro particular,
se despide atentamente
su más feliz objetor.

Bajar

La depresión es un valle
fértil, donde el inconsciente
y el sentimiento
son muy promiscuos,
entonces hay que agradecer
esa orgía interior,
esa nubazón,
hay que disfrutarla, explorarle
los recovecos más húmedos,
sumergirse en los lagos
que son capas de luz oscura,
hundirse como una lengua,
chorrearse la cara,
barba con barba, arrancarle
un aullido que se erija
como un jazmín
que le dé la vuelta al mundo.

Subir

"El corazón siempre está abriéndose y cerrándose"
Leonard Cohen, en entrevista traducida libremente

Tengo en el pecho un puño
que masajea la masa del mundo,
y provee de impulso
a mi mejor silencio.
Es un pájaro constante
susceptible a las caricias.

Es un pulso elocuente
cuya gramática sin punto
debe ser escuchada
todo el tiempo.

Bajar

El lago Vostok lleva cientos
de miles de años bajo el manto
helado de la Antártida.
Debe tener bacterias arcaicas
aptísimas para la vida
en cámaras frigoríficas,
ideales para la ciencia
o al menos utilizables por la industria
del cine catástrofe
para inventar alguna epidemia
de la que se salven los actores lindos.
El lago Vostok está lleno
de oxígeno explosivo,
es como un pulmón
agazapado.
También es muy aprovechable
como imagen psicológica,
piensen si ustedes mismos
no tienen algún lago Vostok
que ni siquiera suponen,
enterrado a presión
abajo de algún recuerdo
congelado.

Más frío

sobre Mankell

Respira con el control
de los maratonistas de la tundra,
cada palabra

es el soporte preciso
para una inquietud, un dolor,
una palpitación.
Sigue luteranamente
hacia adelante,
como nieve negra.
Sus mujeres te ganan
por puntos mientras
los hombres
bajan
por el pozo de los días
con una mochila cargada
de unas pocas metáforas.
Escribe una novela
cuyas palabras
son novelas
cuyas palabras
son aliento
en el hielo
o jadeo
en la estepa.

A veces, por la calle, quiero ser los otros.
Desde la bicicleta voy viendo
las ropas y los modos de caminar,
entonces en una cuadra
quiero ser deportista
y a la otra quiero tener
el paso limpio y elegante,
de vez en cuando envidio
la calma de algún jubilado
o la agilidad de un gurí
que disfruta con la pelota.
Sé que soy una parte
más o menos constante de la calle,
un engranaje lento,
tal vez ya con aire de árbol
o quién sabe de qué
clase de loco que pedalea.
En una época, iba todos los días
del Biarritz a la Barra
y viceversa. En el camino
me empobrecía y enriquecía
varias veces según me cruzara
con el arroyo último modelo
internacional y brillante
o la cañada de cuarta
mano llena de mugre y lenteza.
También en esa época
quería ser los otros,
razón por la que llegaba deforme
a casa y tenía que darme
un baño de mi realidad.

Sin que falte día,
en ese trajín birrodado, sin fin,
se me pegan los pasos de los otros,
las miradas, las velocidades
y tal vez con alguna de esas cosas
me quedo.
Los otros no son tan otros
ni puedo ser tan yo mismo,
es improbable negar
que haya quien ruede conmigo.

A veces soy
el Okavango,
cuyas aguas, al principio caudalosas,
se convierten en emigrantes
que transitan el desierto.
Habitadas
por leones nadadores
y otras criaturas fabulosas,
terminan siendo absorbidas
por el Kalahari
y la incertidumbre.
Aparentan,
pese a las crecidas
impetuosas,
que no todos los ríos
van a la mar.

Pasa el dios por los barrios y en la estela que va dejando
la rueda de su bicicleta brotan selvas livianas, hojas
grandes como abanicos de una corte lujosísima
y abierta a toda clase de personas,
de animales, de conductas, de signos,
pasa el dios por los barrios
y en la huella se derriten las motos
y los ómnibus de nube negra,
se desmantelan como con borrador
las puteadas, los gritos, las consignas políticas y el vaho
del alcohol y las pastillas para ignorar,
las chacritas se entremezclan y se abrazan, se respiran,
pasa el dios por los barrios y se vacían las iglesias, todas
y cada una de las iglesias, sin exceptuar
las más formoles ni las más financieras,
se derriten las casas de usura,
las de apuestas, los comités y las oficinas públicas, se suspenden
las clases por alerta teológica, ya no hay nada que enseñar
porque basta oler el aire,
pasa el dios por los barrios y la estela es siempre centro
y antípoda, se ven los peces del aire
y los pájaros callados, se desvisten las mujeres y los hombres,
bailan todos como se baila cuando la música es el aire,
las ideas y las consignas se zambullen en el reino
del instante que se mueve, pasa el dios por los barrios
y los niños siguen siendo niños, corren cuentos como perros,
los versos toman cuerpo de aceite de oliva extralúbrica,
las casas se funden en árboles que dan sombra, que dan luz
y que se dan, las leyes florecen como yuyos, nadie protesta
posiciones adelantadas ni atrasadas, pasa el dios por los barrios
y todo es victoria, se multiplican según se necesiten los panes

de harinas nuevas y los peces vegetales, pasan ríos de jugo
por las esquinas donde se precisan, andan platos voladores y tenedores
y cucharas y los cuchillos solo cortan las medidas de los versos,
pasa el dios por los barrios y las tradiciones se renuevan,
los destemplados se templan y todos los tratos son buenos tratos,
todo es contrato espontáneo, se desatan el recato y el pacato,
se ponen lindas las señoras agrietadas y se derriten las memorias,
las venganzas y las libretas de los almaceneros,
pasa el aire acariciando, pasa la lluvia lavando, pasa el sol iluminando,
pasa la vida viviendo, pasa el dios por los barrios
si lo dejamos que pase.

Construir muros tras muros
e intramuros más intramuros,
relicarios para relicarios,
polvos al polvo,
molécula sobre molécula,
indivisible dividido indivisible,
vacío que encierra el vacío,
donde lo único es
un temblor, un ritmo,
un baile que no se enseña.

Mis canas no son del tiempo
ni de nieve,
mis canas mienten
como yo.
No tienen, como no tengo,
sabiduría ni brillo.
Son un templo sin dios,
tan legítimo como un presidente
elegido por la Dirección Nacional
de Loterías y Quinielas.
Son un cartel de ceda
el paso,
unas palabras sintácticamente
de plata
pero en verdad
de plástico.
Mis canas no tienen canas,
no tienen paz ni amor,
carecen de dignidad
o mérito.
Mis canas son una prueba
de que el símbolo
no es la cosa,
aunque sean un espejo
de mí mismo.

Hablar de mí
en estas épocas
no sería hablar de flores.

El jazmín se desgañita,
explota en perfume,
le da consistencia
a la puerta de casa.
La acacia se techa
de hilitos rosados suaves,
detonaciones de yogur de seda.
Los rosales tiran
sus bombas alquímicas,
socialistas en el buen sentido,
que no es el humano.

Hablar de mí
en estas épocas
sería como el ruido
de una bordeadora rota.

Un libro que esconde su verdad
siglo tras siglo,
cifrado bajo un alfabeto
único e ilustrado con plantas
medicinales y mujeres desnudas.
Un códice del que solo
se publica un ejemplar,
impagable en todos los sentidos,
invulnerable
como el acento ignoto
de los siervos,
tan permanentemente perdido
como lo transitorio.
Unas páginas que a falta
de los límites de la comprensión
son todas las páginas,
la voz de dios
y la del diablo,
un vademécum,
un poemario erótico,
o tal vez un manifiesto
irrealista primigenio.
Un discurso tan ilegible
como la alternancia de los días
y las muertes,
con tanto sentido
como se quiera sentir.

Presento mi criatura de palabras,
nace como sus hermanos
bajo el mismo signo
que nací,
que es el mismo
de Ferdinand de Saussure,
a raíz de lo cual queda claro
que se nace en el signo
y para el signo.
Presento un extracto de mí,
un engendro de mis tripas
y mis sesos,
unas huellas que son pasos,
un cartel hacia atrás
y hacia adelante,
un camino y una terminal.
Presento un escudo
de palabras que me esconden
y me exponen,
hoy me entrego una vez más
al río de palabras
que me atraviesan
desde antes de nacer
y que me sucederán.

Dos teólogos, o dos escritores,
da lo mismo,
se enzarzaron en una discusión
en torno a dios, o a la literatura,
no llegaron a discutir
si daba lo Mismo.
En sus ímpetus
fueron construyendo
sendos predios paralelos
cada vez más barrocos,
más llenos de parches,
que los hacían crecer indefinidos
hacia un aire cada vez
más sutil y lejano.
Era la voz del pueblo
que solo coincidirían
cuando cayeran en ruinas.

Ahora que estamos todos muertos,
ahora que el mundo terminó,
ahora que la vida no nos ata,
ahora que no jode la cultura,
ahora que no duele la incultura,
ahora que se fueron los políticos,
ahora que murieron las mentiras,
ahora que nadie tiene verdades,
ahora que no matamos ni morimos,
ahora que somos todos lo mismo,
ahora que no tememos el final,
ahora que ya somos inmortales,
ahora ya podemos vivir en el ahora.

La celosía entreabierta,
semiencandilada,
deja ver que unas niñas
agarran las ramas de la acacia.
El ser humano rompiendo
desde chiquito,
una mujer las acompaña,
etcétera.
La mujer les saca fotos
a las niñas que acarician
las flores rosadas y suaves.

Los puristas, eternos náufragos
que no saben nadar
si no es aferrados
al resto de tabla
que creen
de la verdad,
gritan fuerte
a ver si los rescatan.

Vivo una hemorragia
en borrador,
repongo la sangre
con cerveza,
respiro jazmines
en descomposición,
respondo condimentos
mal digeridos,
leo mala poesía
mal traducida,
replico con un goteo
que no riega.

Una flor de copias fieles, repetidas, originales.
Mapa de mapas, red de redes, ser de seres.
Lugar donde todas las cosas están hechas de todas las cosas.
Toda parte es todo y el todo, por su parte, no se parte.
No hay tal cosa como el individuo.
No existe lo humano sino meramente lo divino.
Solo basta saberlo para moverlo todo.

Familia

En la foto familiar
hay padres jóvenes y abuelos vivos,
el niño que era, todavía cachetón,
ya con las letras de mi cara de ahora,
la frente de mi padre,
tan despejada como la explanada de sus ideas,
los ojos de mi madre,
con los mismos brillos de yerba mate que tengo,
la abuelita con expresión de ir al médico
y el reflejo de los doce hermanos,
los abuelos, con cartas prolijas escritas
en las venas de la piel, con las vías
del tren del tiempo entre los renglones,
el otro abuelo, sin cara, del que sospecho
haber heredado tanto,
todos los que acaso sean un grano de la foto,
un reflejo,
la gente que gesticulaba en un español más antiguo,
en otras lenguas, en silencio,
y gastaba otras preocupaciones,
las que iluminó el mismo fuego,
las raíces imaginarias que lo alimentan,
la semilla posible,
la primera cara.

Comunidad

La gente de mi pueblo
se parece bastante

a la de otros.
Sin embargo,
nos reconocemos
sin hablar,
sin habernos visto nunca.
Somos músculos
del mismo gesto.

Enumeración

Las que tienen nombre,
las anónimas, las innombradas,
las innombrables, las inenarrables,
las imposibles de olvidar,
las que no tienen, las que no son,
las que todo lo penetran, las que se dan,
las invisibles, las repetidas,
las que son la otra, las cruz,
las caras, las de regalo,
las lejanas, las que te comen la boca,
las de paz y las de guerra,
las expresivas, las de póker,
las de palo y las de finas maderas talladas,
las de piedra, las de amor,
las caricaturas, las caretas,
las carilindas, las carnales,
las de siempre, las de todos los días,
las que dicen más que las palabras.

Cara de puma de trueno,
cara de ñandú, alta y de viento,
enterrada jamás que para eso
es la cara de tatú,
de mulita, de lombriz,
cara quebrada de cuervo,
cara de ciervo, asustada,
cara doble de teru teru,
cara vigilante de chajá,

cara de liebre instantánea,
cara anunciada de zorrillo,
cara de Juan el Zorro,
que no avisa,
cara de carancho,
cara de apereá,
cara de parejera, de crucera,
de coral,
cara de cardenal,
cara de cotorra que repite,
cara que asoma el hocico
del carpincho, cara de
caracol, cara de picaflor,
cara de sabiá, cara de incógnito
del gato montés, cara zumbadora
del mangangá, cara puras alas
del mamboretá,
cara de coronilla,
de espinillo, de blanquillo,
de tala, de canelón,
cara gorda del ombú,
cara de tacurú,
cara roja del ceibo y cara blanca,
cara de abrojo y de totora,
cara de cielo azul y gris y negro,
cara de pampero, cara de viento
del norte, cara de viento como peste,
cara de las rutas de los ríos,
cara de lagoa mirim,
caras lunarejas, caras de bañados,
caras heladas y de mormazos,
las que se ven en todas
las caras bien puestas.

Las caras son palabras
que escriben la corriente
de la marea del mundo,
siempre creciente.

Se agolpan en la orilla,
espumosas, imitando a la luna,
devoran la playa
como miles de noctilucas asesinas
que se iluminan o ensombrecen
entre sí.
Forman un libro cangrejoso
e inconsciente que avanza
comiendo con miles de bocas,
mirando sin orden ni sentido,
un libro del cual extraje esta cita
que te mira con tus ojos.

Panteón

Si me preguntan la raza, coronilla.
La religión, roseta.
Ideología, pampero y del norte.
El trabajo de la ola.
La chicharra larga del sol
del verano,
el grillo frío del invierno.
Motosierra para las nubes
de palabras.

Cerrado

Treinta mil candados,
doscientos mil candados,
un millón y medio de candados,
tres millones y algo de candados,
esa es mi patria,
mi cultura.

Después del agua, me quedé tendido contemplando un barro que había arrastrado en las plantas de los pies. La frescura del baño y el alivio del bochorno me adormilaron. Soñé que caía una semilla entre mis dedos. Brotó, se hizo árbol, dio flores y frutos de los que fue naciendo una selva. Se pobló de insectos, pájaros y bichos del color de la sombra. Decidí no despertarme. Habría supuesto una deforestación intolerable.

Tu voz es la flor
de una tierra hecha de flores
y lombrices.
Mi voz depende
de la tuya y de todas
las demás.
Necesita mi silencio
para inhalar las voces
y tu silencio
para que yo exhale.

Hay quienes hacen su voz
como un vitral
de las voces de los otros,
las fertilizan,
tienen voces que escuchan,
que nos escuchan,
de ellos depende
que se distribuyan
nuestras voces.

La justicia, esa plumita
ficticia de camaleón,
ese discurso de artículos
sin sustantivos,
ese biombo
tan fácil de mover.

De mi voz salen piedras.
No es que me las meta
para entrenar la lengua
como el orador antiguo.
Las produzco espontáneo,
en verso, en prosa,
en cualquier comentario
e incluso practico una alquimia
invertida
que consiste
en hacer del oro piedra.
Porque el oro
es un invento y con piedras
se puede hacer casas firmes
en las que la voz
sea una corriente de aire
con brillo propio,
como los pastos que brotan
entre las piedras,
como los coronillas,
como una mujer que sonríe.

A

Me asalta la sensación
de que no escribo
todo lo que debiera.
Le entrego la billetera
y la vida a la sensación.

B

La poesía es una rana
ágil, disfrazada de sapo,
en otro pozo.

C

La poesía es una especie
de hipopótamo extinto
al cual se le aprecia,
más que nada,
la capacidad de provocar
ondulaciones diminutas
en el charco sucio
en que se confina su recuerdo.

D

La poesía no es un tema,
es la falta.
El no decir,
lo que no se puede escribir.

El estímulo de la nada,
una charla sin palabras,
un antipoema
y su reverso.

E

Para dormirme
me escribo poemas,
me los leo
y protesto cuando
me cambio las palabras,
que raramente
son iguales a sí mismas.

Llego un día a la casa
desde un lugar olvidado,
que tal vez ni siquiera exista.
Mis ojos se detienen
en las flores del zucará,
sedosas, abiertas.
Me quedo ahí,
en una meditación inesperada.
Acude un picaflor
que me confunde, quién sabe,
con un árbol,
o de pronto me hago
invisible o soy un monje
verdadero por un instante.
Se pone a mostrarme
cada una de sus plumas,
parsimonioso,
mientras se toma las flores
una por una.
Acomodo el cuerpo
y el picaflor se va
como quien de pronto
vio al diablo,
me pregunto de qué lugar
que tal vez ni siquiera exista
vuelve el Diablo a su casa
cuando se me aparece.

Todo esto ha sido
una larga carretera
a cuyos costados
se erige una vegetación
despareja
de ranchos de plástico,
bolsas de nailon voladoras
no identificadas,
algunas casas habitables,
manglares de secano,
praderas ingenuas,
jardines sin tiempo,
algo parecido
a lo que critico
en muchos de los carteles
que yo mismo escribo.

Estructura automática de racimo de uvas sin las uvas que ruedan como el partido que te empataron en la hora, tan buenas tardes como las tardes que se visten de invierno y no te lavaste los dientes y seguiste de largo en la contemplación de la quietud transparente de los palos de agua que no oyen la radio que transmite una charla de bar y las semillas no han brotado por lo que me pregunto cuál fue la parte en que me equivoqué o si simplemente estoy ansioso por que broten o si la mera voluntad puede hacer que se conviertan en plantas o si las ramificaciones del mundo nacen al azar o cuando quieren si las estructuras se pueden controlar desde el lugar ciego que habito en una oscuridad donde tanteo todo y me muevo a pasos interrogativos pisando superficies de aparente firmeza cuyo material tal vez sea aire o nada

El viejo que plantó
los árboles sobre los que se asientan
mi hogar, mi escuela,
mis cimientos,
era un déspota.
Me cuesta elogiar
a la base de la pirámide alimenticia
de la sociedad,
que no es base sino ápice,
ni tampoco a las tradiciones
ni a la patria y sus símbolos
porque fui mal educado
por ellos.

Leer es un acto abierto, vacío, incompatible con las reservas inundadas de voces en disputa. No se puede seguir el rumor de las palabras bien hechas cuando en la redacción cunden como abejas desbandadas las ideas sin fin ni desarrollo, las ciudades absurdas, las ciudades en general, los teros con trajes de pingüinos, las monas vestidas de seda, la distorsión increíble, los perros alfabetizados que defienden la hidatidosis de su chacrita, no se puede dar a luz la luz cuando se difunden, refractan y reflejan tantos matices de la estupidez, cuando rugen tantos leones de centímetros de altura moral que se empeñan en que no les hagan olas, tanto ser cuyo nacimiento está por verse, tanto filósofo gil, cuando el equipo de la sinrazón y las estructuras simples te cierra los espacios, te obliga a intentar el vericueto, el amague barroco frente al paredón gratuito, no ves el campo, no ves la vida, las semillas que vas plantando no brotan, como si de tanto fertilizante te hubieras vuelto árido, coloridamente improductivo, tan ruidoso, tan desmigajado, tan deshecho en fragmentos inconexos, tan poema por día, tan impotente y necio cuando toca leer a los otros, tan mal hecho, tan desorientado como vos mismo frente a este embrollo, creeme que te entiendo.

H

La acacia de nuevo
anuncia su calvicie,
da señales de su otoñaje
o, en términos astrológicos,
de que ha visto el giro
de todas las constelaciones,
de que se ha visto expuesta
a casi todos los signos,
a falta de uno, el signo final,
el que marca el cumplimiento
de un samsara en miniatura
que leyó casi todos los poemas,
me pregunto con cuántas hojas
llegará su libro al último día.

O

La hoja levemente traslúcida
verdea la claridad filtrada
por la persiana,
y el fenómeno tiende a repetirse
en sucesivos eclipses marsupiales.

J

El jazmín otoñal
tiene canas amarillas,
las hojas son flores
modificadas.

A

Un cielo anegado
en cuya masa se meten
los dedos esqueléticos
de los fresnos caducos,
una falta de luz
más acorde al calendario
que este fantasma
del verano.

S

Los espejismos son,
al fin y al cabo,
enormes lupas naturales
para el mejor ciego.

Podría volver a hablar de la carretera solitaria,
es una imagen más viva que el río
a los efectos de lo que estoy pensando.
Podría decir que el asfalto, su dirección,
su tránsito, sus poblaciones, sus empalmes,
sus días, sus noches, sus embotellamientos huraños,
sus fluideces, sus tramos de sueño,
me pertenecen íntegramente.
Y no sería verdad del todo
porque no ha sido una ruta solitaria,
ha habido tránsito de la vida, visitas,
selvas que le brotaron en algunos tramos,
puentes con luz de luna, fogatas, asados,
maoríes enamorados, turistas
que la transitan desde países de lenguas rubias,
reuniones familiares, partidos de fútbol,
mi trabajo de siembra y cosecha inconstante,
asquerosas discusiones de política, reprobaciones,
ojos anónimos y silenciosos
y muchas cosas que no tengo
por qué saber.
El asfalto entonces se ensancha
y se angosta como un puño rojo
cuyos dedos dibujan otros puños rojos
que pintan entre todos,
sin dejarle demasiadas oportunidades
a la pose o la mentira.

¿Y
si cuando leas
este brillo humilde
ya estoy muerto?
¿Significará
que soy una estrella
y lo que ves
es el pasado,
a años luz?

Estoy completando
una vuelta entera al sol
escupiéndole poemas
diariamente.
Capaz que ni se enteró,
ni ustedes,
ni yo,
como no nos enteramos
de una enredadera
sin muro ni zarzo
que tal vez se moldea
asimismadamente
en un desierto cualquiera
escondida al aire libre,
con lo que tiene,
que es
poeco.

El último poema,
la última voz sobre el silencio,
la hoja solitaria que se desprende
y deja un esqueleto del pasado,
el dedo del cuerpo que ya no es,
que se mete, crecido sin fuerza
pero con un ímpetu inexplicable,
en la masa de un mundo
que está más allá, más arriba,
más abajo, más adentro,
más afuera.
El último poema
después del fin del mundo,
una vez muerto quien lo escribe,
tras haber concretado la danza
de las estaciones en torno a un tren
cuyo destino es él mismo,
un viaje rumbo al viaje,
a todas las partes
y a ninguna.
El último poema
es la frontera entre la charla
irrefrenable, festiva, filosófica
y la voz absoluta del silencio,
el alivio, el desapego,
el regreso al suelo natal,
a las calles tranquilas
y los comercios perennes,
a un pueblo interior que envejece
sin envejecer, que nunca fue joven
y promete nunca serlo,

a un vientito frío reconfortante.
El último poema
atestigua que el carro del mundo
ha movido a este zapallo,
observa que el barrio se despierta
con sus ritmos vegetales
cuando el sol activa sus ladridos
de los perros y las voces de los árboles,
la savia negra del tránsito,
el deslizamiento de las letras
sobre la curva del mundo,
la resistencia a dejar de producir
este electrocardiograma.
El último poema
es la calma después del meteorito,
la casa barrida donde hubo fiesta,
ya no hay invitados ni curiosos,
quedan las fotos del fuego,
retazos del ritual, los restos
de pirámides de instantes,
vestigios de una cultura
que pasó bastante inadvertida,
las marcas del abrazo de la arena,
los comentarios, los ecos silenciosos,
la vida que sigue,
el adiós desde la puerta,
gracias por venir, me encantaron
tus regalos, el nos vemos,
la imagen del barrio que queda
y también será arqueológico.
El último poema
es saberse parte y suspiro,
la consciencia del fluir,
del recuerdo y del olvido,
es un nunca y un quién sabe,
es algo que no hay forma de que quepa
en el último verso.



última salida

3 / Conversaciones en Do Mundo, Sonia Calcagno, 2016, relatos.
2 / Retrato para mejorar el cuerpo de una bailarina, Elena Vázquez Guerrero, 2016, poesía.
1 / Otros rituales, Alejandro Michelena, 2016, poesía.

ojo de rueda

4 / La noche y su artificio, Cristina Peri Rossi, 2016, poesía.
3 / Poeta en el Edén, Alfredo Fressia, 2012, poesía.
2 / Pájaro en el palo, antología personal, Horacio Fiebelkorn, 2011, poesía.
1 / Noche con posibilidades, Laura Wittner, 2011, poesía.

fuera del mapa

4 / El filo de la luz, Elena Lafert, 2013, poesía.
3 / Poemas desde un peugot rojo y una carretera quieta, Fernández de Palleja, 2011, poesía.
2 / Genealogía del ocio, Leonardo Lesci, 2010, poesía.
1 / Un mundo diferente, Elena Lafert, 2010, poesía.

la más mincha

2 / Sigiloso dinosaurio, Cecilia Ríos, 2011, relatos.
1 / La frontera será como un tenue campo de manzanillas, Elder Silva, 2007, poesía.

colección de náufragos

18 / Equilibrios del bosque, Blanca Emmi, 2006, poesía.
17 / Manual para seducir poetisas, Luis Pereira, 2004, poesía.
16 / Cartas, Inés Trabal, 2003, poesía.
15 / La hora violeta, Elena Lafert, 2003, poesía.
14 / Botellas y sobremodos, Jorge Meretta, 2003, poesía.
13 / Luz de cualquiera de los doce meses, Alvaro Ojeda, 2003, poesía.
12 / Vidrios, Alfredo Fonticelli, 2003, narrativa.
11 / Círculo de Sangre, Helena Corbellini, 2002, poesía.
10 / Midland, Enrique Bacci, 2002, poesía.
9 / Mal de Ausencias, Elder Silva, 2002, poesía.
8 / La vida y otros contratos, Gustavo Lerena, 2001, poesía.
7 / Portland, Alejandro Ferreiro, 2000, narrativa.
6 / Encrucijada de almas (un tríptico), Alfredo Fonticelli, 2000, narrativa.
5 / Cuentos de hadas y Del miedo y sus racimos,
Raquel Diana, 1999, teatro.
4 / Retrato de mujer azul, Luis Pereira, 1998, poesía.
3 / Cuaderno de Nueva York, Víctor Cunha, 1998, poesía.
2 / Incendio Intencional, Gabriel Di Leone, 1997, poesía.
1 / Fotonovela, canción de perdedores, Elder Silva, 1996, poesía.

serie del malabarista

1 / Eclipse, cierta poesía, 1973 – 2003, Alfredo Fressia, 2003.

letras de familia

1 / Crónicas Marcianas y Uruguayas,
Marciano Durán, primera edición 2003, segunda edición 2004.

Impreso en Tradinco
Julio de 2016
200 ejemplares
Minas 1377, Montevideo, Uruguay
www.tradinco.com.uy

Fernández de Palleja

Poemas que le dieron la vuelta al sol



Fernández de Palleja nació en Treinta y Tres en 1978. Vive en Maldonado desde 1999, donde trabaja como profesor de Idioma Español y Portugués. Fue colaborador de Iscariote, revista literaria, y del blog de reseñas de libros Club de Catadores (clubdecatadores.wordpress.com).

En 2010 obtuvo una mención en la categoría poesía en el concurso de la Intendencia de Montevideo y el primer premio de un concurso de Minicuentos organizado por una empresa de telecomunicaciones.

Es autor de "*Poemas altibajos*" (Trópico Sur, 2011), *Poemas desde un Peugeot rojo y una carretera quieta* (civiles iletrados, 2011) y *Poemas Lingües* (Bestial Barracuda Babilónica, 2015). Como narrador publicó *En negro y negro* (Estuario, 2012) y *Relajo* (Trópico Sur, 2015). Textos suyos fueron publicados en las antologías *Me usa* (Perú-Uruguay, 2012) y *Tierra, cielo y agua* (Uruguay-Argentina, 2015). Algunos de sus cuentos se incluyeron en las antologías *Sobrenatural* (2012), *Fóbal* (2013) y *Erótica* (2015), de *Estuario*.

El poeta según Arnold Bebels Cazum "se dejó escribir". Se echó en la calle a lo perro o se subió a un coronilla mamao, o se acostó en la camilla de la morgue y dejó una mano con lápiz afuera. Mundo encantado y desencantado, hilado de correspondencias, bodeleriano, pero cosido a puñaladas también, como visitao por Martín Aquino y Charles Manson, poesía y metapoesía se rondan, bailan pero se vigilan".

